

# LA CIUDAD



*A Tola Invernizzi*



—Veo allá lejos una ciudad, ¿es a la que te refieres?

—Es posible, pero no comprendo cómo puedes avistar allá una ciudad, pues yo sólo veo algo desde que me lo indicaste, y nada más que algunos contornos imprecisos en la niebla.

KAFKA



## Primera parte



# 1

La casa, al parecer, no había sido habitada ni abiertas sus puertas y ventanas durante muchos años.

El interior estaba en orden, aunque adecuado al gusto y las necesidades de los anteriores habitantes —equivalente, para mí, a un desorden—. Pero, quiero decir, no había objetos tirados en el suelo, y los muebles, en lugares que si bien podrían no ser los indicados para mi comodidad, no estorbaban el paso, ni ocupaban posiciones sin sentido (como suele ocurrir, de encontrar una mesa de luz con la puerta vuelta hacia la pared, o una cómoda colocada de tal modo junto a otro mueble que resulta imposible abrir sus cajones).

Quizá antes de entrar, en el momento de abrir la puerta, noté la humedad; las paredes y el techo goteaban, todas las cosas estaban húmedas, como cubiertas de baba, el piso resbaloso. Y el aire enrarecido, con olor a cerrado y a larga ausencia de seres humanos.

El tiempo no ayudaba; desde hacía unos días no se veía el sol, y caía sin tregua una fina llovizna y, de vez en cuando, un chaparrón muy fuerte. La casa no tenía ningún sistema de calefacción; me iba a ser imposible desalojar la humedad por el momento.

En la cocina había un viejo primus, pero nada de combus-

tible; sólo unas botellas, con olor a querosene, amontonadas debajo de la pileta, detrás de una cortina de nailon.

Recordé que, no muy lejos de allí, había un almacén; me pareció que la primera medida sensata sería salir, aún bajo la lluvia y a pesar del cansancio, a comprar querosene para tratar de hacer andar el primus.

Pero luego pensé que quizá no valiera la pena; no podría secar la humedad ni siquiera de las cosas más necesarias, como la ropa de cama y la que tenía puesta; si bien me sería útil para preparar alguna bebida caliente, que necesitaba, esto no parecía compensar la caminata.

En principio abrí las ventanas, y lentamente comenzó a circular un aire nuevo, aunque el olor a cerrado persistiría por algún tiempo; luego comencé a ordenar —o desordenar— las cosas, a fin de poder habitar, aunque en forma precaria, la casa.

Quitó los colchones, que estaban doblados sobre las camas, y los amontoné en el suelo; luego, con algunas ropas que traía en las valijas, improvisé un lecho, sobre el elástico oxidado de una de las camas.

La noche se acercaba y tenía que encontrar la manera de pasarla con un mínimo de comodidad; quizá al día siguiente brillara el sol, y todo me resultara más fácil.

Finalmente resolví ir al almacén. No se me había ocurrido traer algo para comer, y empezaba a sentir hambre; y al tratar de encender la luz —porque en el interior de la casa se veía poco, aunque faltaba un buen rato para que cayera la noche— encontré que no había corriente eléctrica. Busqué una llave general, o una caja de tapones, pero no hallé nada; luego se me ocurrió que era muy probable que la compañía de electricidad hubiera cortado el suministro, por falta de pago, quizá mucho tiempo atrás. Al no encontrar, tampoco, velas o un farol, me puse entonces, más por costumbre que por protec-

ción real, el impermeable que me había quitado al entrar, y salí, dejando abiertas puertas y ventanas, y comencé a caminar.

No estaba seguro de la ubicación del almacén; luego me di cuenta de que más bien no tenía mayor idea del lugar donde podría encontrarse. Había ido una sola vez, hacía años, y en compañía de otra persona —sin necesidad de prestarle especial atención al recorrido para fijarlo en la memoria; y, aunque lo hubiese hecho, probablemente ya lo habría olvidado.

Con todo, me sentí impulsado a caminar hacia la derecha, y a buscar con la vista una señal que despertara el recuerdo.

Había pocas casas, y no parecían estar habitables. Paredes descascaradas e incluso semiderruidas; jardines invadidos por altos pastos y plantas silvestres, y una desoladora ausencia de signos de vida humana.

Me sentí desanimado y pensé en volver; tanto los descampados que bordeaban el camino, como las casas, y las bifurcaciones o los caminitos laterales, parecían iguales entre sí, sin ninguna particularidad que me invitara a la esperanza. Sin embargo seguí caminando, un poco por inercia, y también porque no quería volver, con el estómago vacío, a pasar una noche angustiada en aquella casa húmeda y oscura.

Caía, en efecto, la noche; los contornos de las cosas, ya un poco diluidos por el agua, iban perdiendo toda nitidez. Pensé que en algún momento, debido a la oscuridad que progresaba, se encendería un foco de luz en alguna parte. Allí encontraría un sitio para reponer fuerzas.

Pero pronto la oscuridad fue total, y el foco esperado no se encendió.



## 2

La situación fue empeorando.

La lluvia, que ya me había obligado a quitarme los lentes, ahora me entraba en los ojos, después de saturar las cejas. Mi pañuelo chorreaba agua, y me resultaba imposible continuar secándome los ojos y la frente.

A menudo salía del camino, o metía los pies en charcos. Resolví quitarme zapatos y medias, que, empapados, servían sólo de estorbo. El impermeable tampoco tenía ya ninguna utilidad; el agua, con su persistencia, se colaba por todas partes, hasta en el interior de los bolsillos.

Luego intenté el regreso, dejando por completo de lado la idea del almacén; la única idea que cabía, en esas condiciones, era la de encontrar un refugio, escapar a la lluvia lo más pronto posible. Pero la oscuridad, y los resbalones y las caídas —especialmente las que sufría al salirme del camino— me habían desorientado, y seguía andando sin saber si me acercaba o me alejaba de la casa.

Anduve mucho tiempo así, no sé cuánto, tropezando y maldiciendo, moviéndome por la sola voluntad de las piernas, con ganas de tenderme en el camino y quedarme allí, en desesperada resignación. De pronto, a lo lejos, divisé un par de luces en movimiento.

A causa de la distancia, de la lluvia, de las ondulaciones del camino, dudaba de la dirección en que las luces se movían; a veces parecían alejarse. Pero pronto se hizo evidente que se acercaban y por fin el vehículo, que resultó ser un viejo camión, estuvo a pocos metros. La luz de los faros me reveló que yo estaba muy al costado del camino, y era probable que el conductor no tuviera posibilidad de verme; corrí, moviendo con dificultad mis piernas insensibilizadas, y agité los brazos. El camión se detuvo.

Me aproximé a la ventanilla del conductor; no podía ver a quién me dirigía porque la cabina estaba a oscuras, y en ese momento apagaron los faros.

—Por favor —exclamé—. Permítame subir, lléveme a alguna parte.

No hubo una respuesta inmediata; me pareció oír una discusión, aunque el ruido del motor —que el chofer mantenía acelerado— no me permitía escuchar las palabras. Al fin, se oyó una gruesa voz:

—¡Suba!

Sonó como una orden.

Me costó alcanzar la otra puerta; en un principio había pensado en dar la vuelta por detrás, pero temí que el camión arrancara sin darme tiempo a subir. Tuve también una duda, sobre si debía viajar en la cabina, donde era posible que no hubiese espacio, ya que además del conductor viajaba por lo menos otra persona. Pero sin detenerme a pensarlo di la vuelta por delante y busqué la manija de la portezuela, que ubiqué con cierta dificultad; desde adentro no se hizo ningún esfuerzo por ayudarme. Al fin conseguí abrir y trepé penosamente hasta el asiento, demasiado alto.

Como en muchos camiones, no había ningún tipo de es-tribo y, para subir, era necesario apoyar un pie en la rueda.

La voz murmuró algo así como que no tenía toda la no-

che por delante y que podía haber subido con mayor rapidez; el camión arrancó antes de que yo tuviera tiempo de cerrar la portezuela.

Dentro de la cabina, la escasa luz de los focos que reflejaba el camino permitía ver algo; así me enteré de que junto al conductor iba una mujer, pero no pude distinguir mucho de las facciones de ninguno de ellos. El camionero tenía espesos bigotes, y una nariz bastante grande; el rostro de la mujer estaba más en sombra. Apenas pude ver el pelo, que le caía sobre la cara.

—¡Está chorreando agua! —exclamó la mujer sin mirarme, después de un breve silencio que también me resultaba agresivo. Luego habló con el camionero, en otro tono—. Ya te dije que no debíamos dejarlo subir.

El hombre permaneció mudo; ella, en cambio, siguió murmurando, aunque sin dirigirse a ninguno de nosotros en particular. Pensé que debía decir algo, y aproveché un respiro de la mujer para explicar que no conocía la zona, que había salido a hacer una compra y que la noche me había sorprendido sin haber podido encontrar el almacén; pero mi historia no pareció despertar el menor interés, y la dejé morir, haciéndose más agresivo el silencio.

Pronto mi atención fue reclamada por un extraño movimiento de la mujer, lento y continuo. Con sorpresa tuve que reconocer que se estaba deslizando, pacientemente, hacia mi lado.

En un principio creí que trataba de acomodarse, y me apreté todo lo que pude contra la portezuela. Como respuesta obtuve, de inmediato, un violento y agudo pellizcón en el brazo derecho, que me hizo retorcer en silencio.

Mientras tanto, seguía parlotando contra mí, describiendo todos los daños que mi ropa mojada le causaba al tapizado del asiento (que, por otra parte, me pareció en muy malas condiciones; un resorte se me clavaba en la espalda y otro en

una nalga, y cuando trataba de cambiar de posición siempre aparecía un nuevo resorte para mortificarme).

Y mientras hablaba arrimó su pierna desnuda contra la mía y la frotó levemente, a pesar de que mis pantalones estaban empapados. Yo la observé de reojo, pero ella aparentaba mantener su actitud agresiva, murmurando y sin mirar hacia mi lado.

Aparte de causarme asombro, y una cierta inquietud, este comportamiento me llevaba a una primera actitud de rechazo hacia ella; me vi sin saber qué hacer. Por un lado creía que mi respuesta a sus provocaciones (una aproximación, una caricia), significaba una falta de respeto por el camionero, quien, según ella misma, había resuelto admitirme en el camión. Por otro lado, un franco rechazo podría llevar su mal humor, aparente o no, a un grado tal que el hombre se viera obligado a hacerme bajar, para complacerla, o para no tener que soportarla más.

Por un instante se me ocurrió que la relación entre ellos podría no ser, como uno tendía a suponer en un primer momento, de índole amorosa; sin embargo, de no existir ésta —o una relación meramente conyugal— no veía motivo para que el camión fuera propiedad común —como parecía serlo, por el hecho de que el camionero podía decidir mi presencia en él, y la mujer protestar por la misma causa (aparte de su preocupación por el tapizado)—; pensé incluso en una relación laboral, pero me pareció una idea estúpida.

Ella proseguía sus manejos; ahora me apretaba, de vez en cuando, la rodilla con la mano, e insistía en pegarse contra mi costado. En otras condiciones, se me habría despertado el deseo; en ese momento, por el contrario, comenzaron a dominarme el temor y la angustia.

Busqué excusas para mantener la indiferencia; surgió la idea de que la mujer debía de ser fea, desagradable (la voz, sin

embargo, sonaba cálida y joven); me dije que una mujer hermosa no necesitaría la dependencia que significa viajar en su camión para entablar relación con un hombre; a menos que el camionero —si era en verdad su marido— fuera tan celoso que no la abandonara en ningún momento, y ella estuviera obligada a aprovechar determinadas situaciones.

Sin querer resolví el conflicto, o al menos lo postergué, refugiándome en el sueño. Me dio tan buen resultado —quiero decir que cesaron las provocaciones, y también las ofensas— que cada vez que despertaba fingía continuar durmiendo, hasta que me volvía a dormir realmente.

Al despertar atendía, esperando escuchar alguna cosa de importancia para mí; pero creo que en ningún momento despegaron los labios.

El agotamiento, y la tensión nerviosa —presente y pasada— hacían que en mi mente se mezclaran pensamientos e imágenes en desorden; y esta mezcla que reinaba en el sueño se prolongaba, en forma confusa, al despertar.

Soñaba que estaba en la casa; pero era mucho más grande y tenía infinidad de piezas, todas habitadas por extraños. Había gran bullicio, y un interminable ir y venir por los corredores. Pasaban junto a mí, ignorándome; yo estaba convencido de que me había vuelto invisible. Me ponía a veces en el camino de alguien, pero no me llevaban por delante, sino que me sorteaban, aunque haciendo parecer el rodeo casual, o distraído, sin fijar nunca la vista en mí.

En forma paralela seguía pensando en el problema de la mujer y el camionero; se me ocurría que ese sentimiento de respeto, o gratitud, que me impedía responder a los reclamos eróticos de la mujer, era exagerado, ya que si bien el camionero me había recogido, aun en contra de la opinión de ella, era éste su deber como conductor, y como ser humano, y no tenía derecho a tratarme con brusquedad —como lo hizo en un

principio, cuando me costaba subir—, ni a ignorar con tanta falta de cortesía mi explicación acerca de por qué me encontraba allí, en el camino, en medio de la lluvia y de la noche, o a mantener ese obstinado silencio agresivo.

Este razonamiento, no tan nítido como aquí lo expreso, y cargado de emociones muy intensas, un poco exageradas, se perdía entre las imágenes del sueño, que iban por otro lado, separadas, y de pronto subían a la superficie, pasando a un primer plano. Me encontraba otra vez en la casa, en una de las piezas, haciendo el amor con la mujer del camionero, tendidos en el suelo. La pieza estaba vacía, sin un solo mueble, las paredes desnudas. El sueño no me resultaba grato; no había una carga de erotismo que lo acompañara. Mi forma de hacer el amor era distraída, preocupado por mis pensamientos en torno a ellos (y, curiosamente, pensaba en ella como en otra persona, como considerando un problema abstracto, a pesar de que, al mismo tiempo, tenía plena conciencia de que era ella la mujer con quien estaba acostado) y miraba pasar gente por el corredor, frente a la puerta, en ese constante ir y venir.

Algunos asomaban la cabeza y seguían de largo, otros se quedaban observándonos gravemente durante unos instantes, pero nadie hacía demostraciones de picardía, o desaprobación; más bien se nos examinaba con curiosidad y reserva, a veces como si se tratara de un fenómeno científico.